

Rainy Day Women

X

(in Alvite's style)

Conocí a X casi por rutina. ¿Qué hay en la vida que no lo sea? Como una rutina más estreché su mano y mentiría si dijera que al contacto sentí la electricidad correr por mi cuerpo. Nada de eso. Ni su tacto ni su aspecto se salían de lo común, y aquellas gafas de sol menos que nada. Pero cuando se quitó las gafas... Mi amigo Tubo dice que las mujeres serían la mejor de las mascotas si no fuera por los ojos. Es peligroso mirar a una mascota a los ojos, sobre todo si es mujer, porque puedes acabar, y de hecho acabas, siendo tú el que ladra y trae el periódico y las zapatillas. Algunos ojos deberían estar señalizados, como los pasos a nivel, con graduaciones de peligro según la distancia. Aquellos ojos sí que eran un paso a nivel, maldita sea. O un cambio de nivel. Dos especies de abismos azules por los que empezabas a caer con el vértigo y frenesí de una montaña rusa. Con mezclas estequiométricas de placer y de miedo.

Sartas, el quiosquero, una vez que andaba con gafas negras, me dijo que era porque una mujer le había hecho mal de ojo. Debería haber conocido a X. En ese caso su quiosco en vez de periódicos expendería cupones. Bueno, el caso es que, a pesar de todo, lo conseguí superar. Salí de aquello, aunque mal herido y absolutamente adicto. Incluso tuve una pequeña aventura con X. Pequeña, sí, porque nunca nos pusimos de acuerdo sobre la forma de eliminar a su amante. A X le gustaban los cadáveres poco hechos y a mí me da un poco de asco la carne cruda. Pero fue bonito mientras duró. Cuando nos mirábamos no necesitábamos hablar. Ella porque únicamente suspiraba y yo porque estaba entretenido haciendo el salto de ángel contra aquellos dos lejanos lagos azules. Sin embargo era mucho lo que nos decíamos y lo que nos explicábamos en aquel silencio, bajo la narcotizante luz azul. Nos comprendíamos bastante bien. Luego todo se rompió. Grumpf, el portero de mi finca, sostiene que llevamos escrito el destino en los lóbulos de las orejas. No me extraña que haya acabado donde está, con su prometedor carrera de abogado premio fin de carrera. Pero él lo achaca a sus orejas, a las que, dicho sea de paso, yo no les noto nada de particular. Puede que Grumpf tenga razón y le falte puntería. El destino está

escrito en otra parte de la cabeza. En los ojos. Cuando encuentras de frente unos ojos como los de **X**, macho, ya sabes que el Ejército de Salvación del destino te está llamando para que salgas de la cola y recibas tu plato de sopa.

Últimamente nos vemos poco **X** y yo. Creo que incluso sus ojos han cambiado. Pero aún persiste la magia azul de aquella mirada. Creo que, pase lo que pase, siempre habrá algo indestructible entre nosotros. Después de todo es la mujer que mejor ha entendido siempre mis puntos suspensivos.

es.humanidades.literatura
20 febrero 2004